

les hiciesen daño, y vinieron á salir á Pánuco, donde, como refiere el historiador Herrera, aportó despues de la segunda vez que lo habian cautivado, y que con una cruz que llevaba en la mano le hacian en todas partes mucho acatamiento y le daban de comer, y al fin siguió su viaje para México. Los indios donados determinaron volverse para Michoacan, de donde eran nativos; y del viaje que hicieron y de su vida se tratará en su lugar. Entendióse que los indios aciales habian salido al encuentro de estos venerables religiosos con ánimo de quitarles los ornamentos y bastimentos que llevaban, y que como bárbaros que no acostumbraban perdonar la vida á nadie en sus excursiones, les quitaron la vida, atravesándolos con sus flechas. Del glorioso martirio del venerable padre fray Juan de Padilla y de su santa vida quedó mucha memoria en la provincia de Culiacan, y trataban de él algunos papeles escritos que dejó D. Pedro de Tovar, uno de los fundadores de aquella villa donde murió, y por sus herederos se pudieron recoger y vinieron á parar en manos del reverendo padre cronista fray Antonio Tello, de cuyo manuscrito saco estas noticias.

CAPITULO XIV.

JORNADA QUE HIZO EL VIREY D. ANTONIO DE MENDOZA
PARA SUJETAR LOS INDIOS REBELADOS DE LA
NUEVA GALICIA: PREPARATIVOS PARA ELLA Y SU LLE-
GADA AL VALLE Y FORTALEZA DE CUINA: TOMA
DEL PEÑOL DE NOCHIZTLAN, REDUCCION DEL MIXTON,
Y FIN DE ESTA GUERRA.

En el mismo tiempo que concluía el general Francisco Vázquez Coronado su famosa expedicion por todo Tzibola á las tierras de la gran Quivira y de vuelta al valle del Tiquez, se disponia á darla para México con su ejército el señor virey D. Antonio de Mendoza, en virtud de las noticias que le habia dado el teniente general del nuevo reino de Galicia, D. Cristóbal de Oñate, del alzamiento general de los indios de Juchipila, refugiados en el Peñol llamado Mixton, y de los

demas confederados, encastillados en sus respectivos peñoles *de Cuina, Nochiztlan y barrancas de Tepeaca*, quiso castigar la insolencia de aquellos indios, siendo tanta despues la derrota de los soldados del Adelantado D. Pedro de Alvarado y muerte de este valeroso capitan, que daban bien que hacer al capitan D. Cristóbal de Oñate en la villa de Guadalajara, que asaltaron, como se ha dicho; y no obstante que fueron vencidos, tenian con su mal ejemplo alborotada toda la tierra, no dando lugar á la quietud que requiere la fundacion de una ciudad capital, como se intentaba, en el sitio que ocupa la de Guadalajara, capital del nuevo reino de Galicia. Considerando, pues, este sabio virey cuánto importaba sufocar esta rebellion, y la imposibilidad en que se hallaba el teniente gobernador Oñate para pacificar los naturales de aquella rica provincia, determinó ir en persona, y á fines del año de 1541 tenia ya hechas sus prevenciones de la gente más lucida de México, y congregado un ejército muy numeroso de hasta cincuenta mil indios tlaxcaltecas, mexicanos y tarascos. Dió permiso á sus caciques y principales para que pudiesen aviar de armas y caballos á sus vasallos; providencia que se murmuró algo, pareciéndoles á algunos que era grande inconveniente introducir entre los indios el uso y manejo de las armas españolas. Principió el exce-

lentísimo señor virey su marcha á 8 de Octubre del año de 1541, (*) acompañado de muchos caballeros y personas principales, que eran capitanes de un cuerpo de trescientos soldados de á caballo, y ciento y cincuenta de infanteria. Llegó al pueblo de Tzinapécuaro, y dejó allí puesto un presidio de soldados, y caminando adelante llegó á Guayangareo y al puesto donde está la ciudad de Valladolid, y vió que era no solo á propósito para presidio, sino tambien para una muy buena poblacion. Dejola para concluir su fundacion á la vuelta de su expedicion de Guadalajara, y veremos adelante cómo despues de haber dejado pacíficas las naciones revueltas, volvió al puesto de Valladolid, y viéndole de tan buenas y lindas cualidades, determinó hacer una ciudad con el nombre de su patria. Allí se detuvo el virey aguardando á que se acabase de juntar todo el ejército, y como tenia noticia S. E. de que con el motivo de la guerra y alzamiento de los indios de la Galicia, habia falta de todo género de bastimentos, llevó por delante de su ejército mucho ganado mayor y menor, y poco á poco, por no destroncar la tropa de infanteria, vino á parar á Tlaxasalca, en donde parte términos lo de Michoacan con las tierras de los chichimecas. Desde este sitio

*) Herrera.

anduvo el ejército tres á cuatro jornadas largas por tierras despobladas hasta dar en el valle de Cuina, adonde habia un cerro ó peñol en que se habian metido los indios alzados, que serian más de doce mil de guerra. Los del río de Cuiseo salieron de paz á recibir al señor virey, y nunca se alzaron, pero los de Cuina no quisieron hacer caso de varios requerimientos que se les hicieron, prometiéndoles el perdón de lo pasado; ántes bien se empeñaron entre unas rocas y las guarnecieron de unas cinco á seis albarradas ó trincheras, con ánimo resuelto de no darse á partido. Viendo el señor virey que se perdía tiempo, mandó avanzar la infantería, apoyada de unos veinte mil indios, que cercó y estrechó de tal modo á los enemigos, que solo despeñándose ellos mismos del cerro no se podían escapar. Dice una memoria antigua que nuestro campo tuvo cercados á los indios de Cuina como diez días, batiéndoles cada día sin cesar, al cabo de cuyo tiempo les faltó la agua, porque en lo alto del peñol no la habia, y los nuestros les habian cogido el paraje único donde sacaban agua; que se avivó el combate, y los indios amigos usaron de un ardid que les salió muy bien. Vistiéronse muchos con el mismo traje que los contrarios, y más de doscientos cogieron cántaros de agua, y fueron hácia la entrada del Peñol en ademan de que eran los

suyos que les llevaban este socorro: otros indios de los amigos fingieron bien por su parte haciendo que resistían el que se les metiese el agua: trabóse una facción entre ellos, al parecer sangrienta, y con esta astucia entró porción de nuestros indios confederados por una de las puertas de las albarradas que habian abierto los enemigos creyendo que los que entraban eran de los suyos; tras de estos fueron siguiendo los indios mexicanos y tarascos, y consecutivamente la tropa española, extendiéndose conforme iban entrando alrededor de los contrarios empeñados, de modo que viéndose los sitiados perdidos, les entró tanto la desesperación, que se mataban unos á otros ántes de rendirse á los españoles; otros arrojaban sus hijos sobre las peñas y despues se precipitaban ellos mismos en las barrancas del peñol con tanto furor que causaba lástima, muriendo de esta manera más de cuatro mil indios, sin contar niños y mujeres; y queriendo los españoles impedirles estos suicidios y otras atrocidades que les dictaba la desesperación, defendiéndose ellos con más furor que valor, fueron muertos otros diez mil, y de los que quedaron se hicieron más de dos mil esclavos. Contradice en parte esta relación á lo que asienta Herrera, que se les ganó, no con ardid sino á fuerza, las albarradas, y que cogido el paso, los indios amigos

degollaron á los contrarios y prendieron á todos; que fué sostenido este ataque por un trozo de caballería, por estar lo alto de la sierra ó peñol llano y bueno para el manejo de los caballos; que el señor virey dió las gracias á los indios amigos por lo bien que lo habian hecho, y les mandó, que pues no se permitia hacer esclavos, entregasen los prisioneros que habian hecho para hacer justicia de ellos. Eran más de dos mil, segun dice la citada relacion antigua, y me inclino por esta razon á creer que mandaria el señor virey hacer justicia de unos cuantos cabecillas principales de la rebelion, y perdonaria á los demás, para dejar algunos habitantes en este valle de Cuina, que hoy ha mudado de nombre y está totalmente des poblado sin indios de aquella nacion.

Vencido el peñol de Cuina, movió el virey su campo, y saliendo por los altos del valle de Cuina, atravesó las faldas del cerro Gordo y valle de Zapotlan hasta el pueblo de Acatique, que va á salir al vallecillo de Mezcala. En todo este tránsito, los indios de todas aquellas poblaciones, que eran de gente tequeja, salieron de paz, por ser más pacífica que la cascana. Solamente los indios del pueblo de Acatique, que está situado en la misma barranca del río Grande, se refugiaron en otro peñol con ánimo de hacer resistencia, pero hizo alto el ejército enfrente de sus albarradas,

y les envió el Virey unos religiosos franciscanos para persuadirles se rindiesen, con el seguro de que no se les haria mal alguno: respondieron los rebeldes, que si dentro de quince horas no les llegaba socorro, se bajarían al pueblo de paz y pagarían los tributos acostumbrados. Se pasó el término señalado, y viendo el Virey que era una dilacion fingida, mandó colocar unas cuantas piezas de artillería de campaña en paraje conveniente, y despues de haberles disparado quince á veinte tiros, salieron de su peñol algunos principales con la Cacica del pueblo, llevando cruces en las manos: inmediatamente ordenó el Virey que cesase el fuego de la artillería, y atendiendo, como debia, al respeto que se merecen estas insignias de nuestra redencion, les perdonó su rebelion y les encargó que se recogiesen en su pueblo y viviesen en paz, sin dar motivo á que los castigase Dios y el Rey. Retiróse el ejército y marchó siguiendo las orillas del río de Tecamapuli hasta dar vista á otro peñol en la barranca de Tonalán, que luego desampararon los indios temiendo el mismo estrago que el que habian experimentado los de Cuina, y cogiendo las veredas río arriba, iban huyendo para unirse con los demás alzados de los peñoles comarcanos; pero fueron á su alcance piquetes de soldados de caballería, y se prendió á la mayor parte. No quiso el Virey darlos

por esclavos sino por tamemes, para que sirviesen en el ejército durante la guerra. Descansó dos dias en las inmediaciones del rio el ejército, y entretanto despachó un correo al gobernador Cristóbal de Oñate, avisándole de la toma del peñol de Cuina y derrota de los rebeldes hasta el puesto en que se hallaba, distante doce leguas del peñol de Nochiztlan y otras tantas de Guadalajara; que convenia para el acierto de la campaña, que no desamparase á Guadalajara, para evitar todo inconveniente que pudiese acontecer, y que procurase juntarse con su gente para cuando estuviese á punto de llegar al peñol de Nochiztlan. D. Cristóbal de Oñate, sin perder tiempo, dispuso que se quedasen para la defensa de la ciudad de Guadalajara cincuenta soldados, nombrando por su capitan á Juan del Camino, y llevó consigo otros cincuenta soldados de á pié y de á caballo, mandados por su capitan Miguel de Ibarra, que era encomendero de los indios del peñol de Nochiztlan, y fué de mucha importancia en esta guerra. Caminó con esa compañía el teniente gobernador Oñate por las tierras de Contla arriba, con el fin de encontrarse brevemente con el campo del señor Virey; bajó al rio de Temacapuli, y midió tan bien el tiempo, que llegó al mismo punto que el ejército se iba acercando al peñol de Nochiztlan: allí saludó á S. E., dándole los parabienes

de sus felices sucesos, y en retorno alabó mucho el Virey la valiente defensa que hizo de la villa de Guadalajara.

Estando junto todo el ejército, que se componia de unos seiscientos hombres de gente muy lucida y noble, sin contar los indios amigos, se alojó formando varios cuarteles, y el Virey, de concierto con el capitan D. Cristóbal de Oñate, tomó sus medidas para el ataque del peñol de Nochiztlan, que era la mayor fuerza de los rebeldes, los que instruidos de la venida del Virey, de la destruccion de Cuina, y de cuán lucido y fuerte venia el ejército de los españoles, se habian juntado en el peñol de Nochiztlan con los indios de las poblaciones de Tecaltichi, que eran cascanes y de los más valientes, y gran número de indios zacatecos que acostumbraban venir á este sitio: reforzaron las albarradas, que eran siete, haciéndolas más anchas y más altas, y de un estado hácia la entrada, porque lo demás era peña tajada, y se previnieron de muchas armas á su usanza y de bastimentos para hacer una vigorosa defensa. El Virey se acercó con su campo á vista del peñol de Nochiztlan por la parte más fuerte de peña tajada y altísima, y se asomaron en la cima de esta sierra los indios rebeldes, vestidos muy galanes, adornados con tantas plumas de diferentes colores, que parecia un campo vestido

de muchas flores, y comenzaron á armar tanta algazara, soltando un alarido general y arrojando á un mismo tiempo multitud de flechas, que con el ruido pavoroso de sus bocinas, retumbaba por aquellos collados y valles, y causaba espanto. Entónces nuestros indios amigos hicieron lo propio: mandó el Virey cercar sin estrépito todo el peñol, que estaba en medio del llano, y repartió todo el campo en seis escuadrones, y puso su real detrás del peñol hácia el camino de Tecoahtichi, y el que va á Jalpa cogió D. Cristóbal de Oñate, donde asentó su real con la gente que trajo de Guadalajara; á la entrada de las albarradas se puso la artillería, y se repartieron los indios amigos apoyando en seis columnas los cuarteles. Antes de emprender el sitio del peñol se hicieron requerimientos á los indios rebeldes, ya persuadiéndolos los religiosos que dejarán las armas y volviesen á su deber, ya moviéndolos á admitir el perdón que se les ofrecía, hablándoles con la mayor suavidad y eficacia su encomendero el capitán D. Miguel Ibarra, que les envió el Virey á ese fin, por parecerle que le oirían de buena gana, pues le querían y tenía mucho ascendiente sobre ellos. Nada aprovechó de todas estas diligencias pacíficas, y no respondían los rebeldes otra cosa, que no querían darse de paz, sino mirar por su libertad y conservar el dominio que

tenían en sus tierras; que eran suyas, y que los españoles podían escarmentar con lo que les sucedió en el ataque de su peñol, y retirarse á las suyas, dejándolos quietos; y dicho esto, se alborotaron, y determinados á morir por la defensa de sus tierras, cerraron los oídos, y con una descarga de piedras y flechas hicieron retirar á los religiosos y al capitán Ibarra. Mandó el Virey, en vista de tanta obstinacion, acometer el peñol por distintos parajes y jugar algunas piezas de artillería para infundirles algun terror, y ver si con esto aflojaban y se querían dar á partido; no valió este arbitrio, y así dió S. E. la orden, á los ocho dias de cerco, que entrasen á viva fuerza los soldados de á pié, cubiertos con adargas para defenderse de las flechas y piedras que los enemigos disparaban sin cesar, y entretanto ponian pié á tierra los soldados de caballería, porque no podían servir en camino tan fragoso y empinado, hizo llevar con mucho trabajo dos ó tres piezas de campaña hasta las albarradas, en cuya operacion ayudaron con industria y ardor los indios amigos. Dejó de resguardo en las faldas del peñol varios escuadrones de caballería, prontos á ayudar en cualquier evento el esfuerzo de la infantería. Al primer avance ganaron dos trincheras, y conforme se trababa la pelea con los rebeldes que las defendían, avanzaba la artillería, que bien ma-

nejada, destruía las otras trincheras, hasta que se llegó á la última, que además de ser peligrosa de acometer por estar en lo más alto del peñol, estaba defendida por el grueso del ejército enemigo. Entónces el Virey con su presencia encendió el valor de su tropa, y atropellando peligros, ganó la última trinchera, barriendo filas enteras de rebeldes la artillería, que se colocó con acierto, y á un tiempo desalojando los enemigos hasta obligarlos á retirarse á la cima del cerro ó peñol: el primero que puso allí una bandera fué el capitán Inigo López de Anuncibay. Viendo los enemigos entrar el tropel de nuestros soldados de á pié y de á caballo, que los perseguían miéntras los indios amigos acababan de derribar sus albarradas, huyeron, ganando lo más alto del peñol; pero fueron al alcance los nuestros y los tlaxcaltecas, mexicanos y tarascos, que como prácticos en atravesar serranías, supieron antecogerles el paso: hicieron en ellos una matanza grande, y fuera mayor si el Virey no lo estorbara, y con todo eso, sin los que se pudieron escapar, murieron de los enemigos más de seis mil, y los presos que se hicieron fueron como diez mil, que declaró el Virey por esclavos, siendo de catorce años para arriba, los que repartió entre los soldados de su ejército.

Dice otra relacion antigua de esta faccion, que

muy contentos los soldados del Virey con tantos esclavos como les habia cabido, con que podian poblar pueblos, les duró poco su alegría, porque Miguel de Ibarra, que era encomendero de los indios del pueblo de Nochiztlan, considerando que con esta providencia le dejaban su pueblo sin gente, dió orden secretamente de soltar todos los esclavos; que cuando el Virey lo supo, lo celebró mucho, y para sosegar á los soldados, les dijo: Miguel de Ibarra ha hecho muy bien, y yo hiciera lo propio; y harto necio fuera él si no lo hiciera, y más no teniendo otra hacienda con que mantenerse: no hemos venido aquí á destruirle su hacienda, sino á castigar á los rebeldes de esta provincia; harto daño ha recibido, pues muchos de sus indios han muerto, bien que en el Mixton nos desquitarémos. Y con este razonamiento se conformaron los soldados, conociendo la razon. Repugna todo esto á lo que dice Herrera, que los religiosos se opusieron á la esclavitud de los indios, diciendo que por derecho eran libres, y alegando otras razones de mucho peso, y en especial que esta era la voluntad del Rey; mas no se quiso conformar al dictámen de los religiosos el señor Virey, diciendo que en esta ocasion le era fuerza hacer un ejemplar para que escarmentasen los indios chichimecas, que habian cometido muchas

maldades, robos y hecho muchas muertes crueles, teniendo toda la Galicia alborotada, y solo así, como hijos del temor, se reducirían á vivir en paz en sus pueblos, y subordinados á sus superiores.

Después de haber ganado tanta gloria y ventaja nuestra tropa en el sitio del peñol de Nochiztlan, noticioso el Virey de que los indios enemigos que se habían escapado en gran número de este peñol, se habían ido á refugiar con los demás rebeldes al Mixton, por ser la fuerza mayor é inexpugnable que tenían los indios de Juchipila, adonde fué el principio del alzamiento y rebelion de toda la Galicia, salió con la mayor presteza que pudo de Nochiztlan; y para no dar lugar á los enemigos de hacerse cada dia más fuertes, movió su ejército y lo condujo á Juchipila, distante ocho ó diez leguas de Nochiztlan. Fué á dormir á la villa vieja de Guadalajara, y al otro dia caminó, marchando con mucho orden, el ejército por el rumbo y montes de Nochiztlan á la derecha de Juchipila: bajó después los montes, dejando á sus faldas muchas poblaciones que se conocia ser de mucho gentío; y habiendo llegado al pueblo de Juchipila lo halló despoblado, porque todos los indios de él y de todos los pueblos que habían visto se habían retirado al Mixton, que está enfrente del pueblo de Apotzol. Antes

que llegase el ejército, dice Herrera que envió el Virey á Francisco Maldonado con dos compañías de caballería, y mandó que fuese con él Tenamaztle, señor de Nochiztlan y de la mayor parte de aquella tierra, á quien se hizo prisionero, y como se había ofrecido á pacificar aquellas tierras, le encargó su excelencia que hablase á los rebeldes: orden que ejecutó muy bien este Cacique, pues á su llamamiento bajaron los indios rebeldes á hablar con él, y los persuadió de tal modo, que dejaron las armas, pidiendo la paz, y se volvieron á vivir en sus pueblos en los llanos; ejemplo que imitaron los demás indios confederados de los otros peñoles, y así quedó pacificada toda aquella provincia y terminada la guerra. No consiguió el Virey esta pacificación con tanta facilidad, si hemos de dar crédito á las relaciones antiguas de Juan del Camino y Romero Salvador, que se portaron muy bien en esta guerra del Mixton y expone el manuscrito de fray Antonio Tello, cronista de la Provincia de Jalisco; y así, sucintamente, referiré lo que dice, ya por tener varias particularidades dignas de insertarse en esta historia, como por ser más creíble que fuese preciso todo el valor español ayudado del cielo para domar la pertinaz resistencia de unos bárbaros que peleaban por su libertad y les repugnaba servir á sus encomenderos con más

sujecion que ántes de su declarada rebelion. En quanto llegó el ejército á Juchipila, envió el Virey varios piquetes de soldados de á caballo á que corriesen por los pueblos que habian dividido en el camino, á fin de reconocer la disposicion de aquella provincia. Los hallaron yermos y despoblados como el de Juchipila, y supieron que estaban todos aquellos indios empeñados en el Mixton con los demás rebeldes; y como éstos estaban entendidos que los venian á desalojar y castigar, sabedores tambien de las fuerzas tan grandes que traía el Virey y lo sucedido en los peñoles de Cuina y Nochiztlan, procuraron todos los confederados fortalecerse con más precauciones. No era necesario muchas, porque la voz de Mixton (que en lengua castellana quiere decir gato) dice que era tal la fortaleza del peñol, que solamente los gatos podian subir y llegar adonde se habian encaramado, por las muchas rocas y peñas tajadas que naturalmente forman su defensa; como lo fué al principio de su alzamiento, cuando fué desbaratado el capitan Miguel de Ibarra, con pérdida de la mitad de sus soldados; y pareciéndoles á los indios rebelados que tendrian las mismas ventajas sobre el ejército del Virey, se fortalecieron con nuevas fortificaciones de albarradas, previnieron montones de piedras rodizas, y conociendo que era superior el número

de gente que les venia á acometer, llamaron muchos de las naciones circunvecinas para que les ayudasen, barruntando el daño que les podia acontecer si el ejército español y sus indios amigos, animados con la presencia del Virey, llegasen á entrar en sus peñascos al parecer inaccesibles. Por más promesas que hicieron los rebeldes á los indios zacatecos, de que habian de ser muchísimos los despojos (porque tenian por cierto el destruir á los españoles), no quisieron venir en cosa alguna, porque eran antiguos enemigos de los cascanes y temian de éstos alguna traicion; pero los indios de Jalpa, que eran vecinos del Mixton (no habiendo más que cinco leguas de distancia de un paraje á otro y componian un cuerpo de diez mil hombres, nacion que se ha acabado y hoy no habrá ni veinte de estos indios), se avinieron al convite de los rebeldes; lo mismo hicieron los indios del valle de Tlaltenango y de Tepechistlan; solamente la copiosa nacion del Tuichi ó Teul declaró que no queria guerra con los españoles, porque eran sus amigos y no les hacian agravios; que dado el caso que quisieran ellos pelear con los españoles, mejor podian hacer la guerra desde el peñol que tenian que en su Mixton; que lo mejor era admitir el perdon que se les ofrecia y vivir en paz, que no alborotar la tierra é inquietarla; que estuviesen ciertos